

kozmiK tango

beatriz vignoli

editorial municipal de rosario

*De vez en cuando alguien aporta un dato que
de pronto cambia todo.*

David Sedaris, *Naked*, 1997, Backbay Books



18 de marzo de 2005

Ya está: mesa nueva, sillas nuevas, teléfono viejo con número nuevo, PC y escritorio bien apoyados contra una pared pero no lejos del ventanal que da a la plaza, biblioteca sacada ayer de la guardería de muebles y recién lustrada, gato que acaba de llegar y se puso a explorar la casa nueva con la panza aplastada contra el piso como hacen los indios y los soldados en las películas, caños que funcionan porque llamamos al plomero anoche y vino esta mañana, compañero de casa que hoy cumple años, recién acaba de armar el tendedero en el balcón y está lavando toda su ropa... hay: sol (mucho y bueno), vecinos (viejos, llegados al barrio hace cuatro décadas, cuando eran jóvenes), verdulero (viene cada mañana a las once y media con su pick up llena de verdura fresca y su balanza, salimos los vecinos a comprarle), y tenemos: música, comida, muchas cajas llenas de libros. Falta desembalarlos.

(existirapenaslevemente.blogspot.com)

El primer día del resto de nuestras vidas

Nos mudamos a zona sur un 7 de marzo, del que hace tres días se cumplieron cuatro años.

El plural de la primera frase incluye a quien fue hasta hace un año mi compañero de casa: mi primo político Déivid, ecologista y escritor secreto californiano. Según otro de mis primos, el busto del autor del poema *Martín Fierro* que se encuentra en el centro de la plaza que lleva su nombre es copia del que hizo para el Rosedal del Parque Independencia nuestro abuelo Erminio Blotta¹. La plaza José Hernández queda entre las calles Laprida y Buenos Aires y los pasajes Holmberg y Azara; es decir, entre la Parroquia Nuestra Señora de las Nieves y el ex Regimiento 11, ex Batallón de Comunicaciones 121. Ocupa un cuarto de la plaza la Escuela General Las Heras N° 66, que fue escuela piloto, según me contó con orgullo una de sus ex alumnas. La flanquea una fila de pinos y cipreses. Al oeste de la escuela hay un arenero con hamacas

1. Véase: es.wikibooks.org/wiki/Catálogo_de_obras_de_Erminio_Blotta

y toboganes y un enorme tanque de agua municipal en desuso. Al sur, casi sobre calle Buenos Aires, una glorieta, hoy pelada; más acá, una fuente vacía (es la fuente nueva que, según mis vecinos, carece del encanto de la fuente anterior), y en el centro el busto de Hernández, guarnecido por ceibos y rodeado de un círculo de bancos. Si me paro y miro por la ventana de mi estudio, en casa (es decir, en el primer piso en el edificio de pasaje Holmberg esquina Laprida donde escribo esto), no puedo divisarlo porque es todavía verano y me lo tapa el follaje de los fresnos de la plaza donde cantan calandrias, torcazas, horneros, benteveos, gorriones, colibríes y hasta loros. Aquí los árboles son tan variados que si hago una lista me voy a olvidar de alguno: hay desde pinos hasta palos borrachos. Anteayer vi, sentadas una en cada reposera (una turquesa, otra naranja y otra verde) a tres mujeres tomando mate, conversando a una distancia que les hacía cómodo el gesto de dárselo entre sí. Durante todo el verano se sentaron en círculo en el césped, cada mediodía, un grupito de jóvenes de jeans y remeras

negras de quienes temí con horror que fueran alguna nueva secta pero no, son el equipo de trabajo de un nuevo bar de la zona. Ayer y hoy, de mañana, ya se veían de nuevo los guardapolvos blancos; de tarde, en cada recreo, se oían las voces y las risas de los chicos, amplificadas por el patio del colegio. Y ya hay, en los fresnos, manchas amarillas; otro verano se termina.

Pasaje Holmberg

El nuestro es uno de los dieciséis edificios idénticos, de cuatro plantas, con balcones rectangulares de cemento en torno a un paño central de la fachada en ladrillo visto, que alrededor de la plaza forman un bucólico pueblito aparte, a apenas una cuadra de la arteria comercial de Avenida San Martín. Su estilo racionalista –según me explicó mi hermano Luis, arquitecto– se asemeja al de la reconstrucción de las ciudades europeas en la primera posguerra. Los mandó construir Perón para los cuadros superiores del Regimiento 11, el que luego resistió brevemente



la revolución de 1955. Cada edificio está separado de los otros por generosas franjas de césped. A Déivid le hacían acordar a Alemania Oriental. No era un recuerdo agradable.

Los vecinos cuentan que antes había en la plaza un gaucho de bronce, una fuente en forma de riñón y una casita para el cuidador, debajo de la fuente. En aquella mítica edad de oro, el césped estaba siempre bien podado. Hasta ellos se confunden el pasaje Holmberg con otro de la zona: el pasaje Humboldt. En mis épocas de delivery, recuerdo, casi nadie lograba



anotarlo bien, por más que lo deletreara: llegué a coleccionar los papelitos con las variaciones del nombre. Y eso que Holmberg era el apellido más sencillo de la familia, que en realidad se llamaba Kannitz.²

2. Eduardo Kannitz, Barón de Holmberg, teniente primero de la Guardia Walona, arribó a Buenos Aires en 1812. Ascendido a teniente general, tuvo un rol decisivo como constructor de piezas de artillería en la Guerra de la Independencia y peleó a las órdenes del general Manuel Belgrano en los combates de Tucumán y Las Piedras. Cuando la Asamblea de 1813 abolió los títulos nobiliarios, “el Barón” (como le siguieron diciendo en su casa) adoptó Holmberg como apellido familiar. Su único hijo varón, Eduardo Holmberg y Balbastro, se destacó únicamente por haber peleado contra Rosas a las órdenes de Lavalle, con cuyo cadáver marchó derrotado al exilio en Copiapó, de donde fue rescatado once años después gracias a las gestiones de Domingo de Oro. Del matrimonio de Holmberg y Balbastro con Laura Correa Morales, que lo había esperado todo ese tiempo, nació Eduardo Ladislao Holmberg (Buenos Aires, 1852-1937). Fue médico, naturalista, admirador de Goethe y de E. T. A. Hoffmann, escritor pionero del cuento policial y del cuento de ciencia ficción en Argentina, fundador del zoológico de Palermo, docente de las escuelas normales de Sarmiento e investigador de la fauna autóctona argentina cuyas taxonomías siguen siendo hoy bibliografía de consulta. Ver: *RIEL, Revista de Investigaciones y Estudios Literarios* número 01, “El lado B del mundo del 80” (Rosario, diciembre de 2003) y, de Luis Holmberg, los libros: *El artillero rg, el último enciclopedista*, ambos en la Biblioteca Nacional. (Las facturas vienen a “Eduardo Holmberg”; no sabemos a cuál).